

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Los rostros verdaderos

HERMANN BELLINHAUSEN

Engañosa quietud

De los militares destacados en Ocosingo, a través de los campesinos que los escucharon, llegaban al *inland* zapatista rumores de que el día 29 de marzo habría un ataque al EZNL. Eso bastó para que numerosas familias, afiliadas fundamentalmente a la ARIC, abandonaron sus ranchos, dejando amarrados los animales. Desde la víspera se habían suspendido los vuelos en avioneta, mientras se confirmaba la versión de que "algo" se había echado desde un avión, en días anteriores, sobre un rancho de Altamirano ocupado por presuntos zapatistas. Algo que explotaba.

No obstante que ha aumentado la vigilancia policiaca y militar en la cabecera municipal del Ocosingo, la presencia militar en los alrededores seguía realizando movimientos rutinarios, y la disminución de vuelos podía atribuirse al mal tiempo. El hecho es que, para variar, no hubo nada. En los primeros poblados bajo control del EZLN la vida parece más pacífica que en tiempos de paz. Pero no se crea que hay mucho paso: está restringido, más que antes.

En el primer poblado después de la frontera no hay clases desde diciembre, cuando huyó el maestro. Un largo puente se brinca la Semana Santa y todas las demás semanas para que los niños se la pasen ociosos y mirones. Cuatro perros persiguen y torturan a un puerco que chilla como si lo desollaran, mientras un campesino lo apedrea; sólo al llegar a la casa de sus dueños y cruzar el jacal el *cochi* recupera su oinc-oinc de costumbre. Andaba de ladrón en otro campo.

Los hombres trabajan la milpa, en la roza. Algunos jóvenes juegan interminables partidos de basquetbol con más fuerza que técnica. Una familia numerosa (entre niños y adultos suman diez) camina hacia adentro, es decir, hacia abajo, cargando víveres y combustible.

Caminarán todo el día, con la ayuda de un escualido caballo gris, hasta el rancho. Van suda y suda, presurosos y en silencio, horas que serán largas. El hombre al frente carga un radio encendido que transmite noticias en tzeltal y español, en las cuales destacan las reiteradas palabras "Partido Revolucionario Institucional", luego de anuncios de zapaterías y mercerías.

Para los zapatistas, parte del porvenir inmediato de su paz o su guerra dependía de la designación del nuevo candidato priísta. El nombre de Ernesto Zedillo les dice que las cosas no empeoran ni mejoran, sino todo lo contrario, por lo pronto.

Siguen pasando familias rumbo a sus pueblos o ranchos con sus escasas adquisiciones. Tiempo de la calabaza grande. Las mujeres llevan bolsas de mandado, rebozos llenos de bultos sobre la crisma o de niño a la espalda. Los hombres pujan bajo enormes costales blancos.

Panchito y Luis (2 y 3 años de edad), juegan en el solar de su casa mientras su joven madre hierve café en el fogón. Un osito Bimbo de peluche, alguna vez blanco, les sirve de pelota, muñeco, proyectil y pañuelo para los mocos. No lo saben, pero se están divirtiendo.

Unas cuantas golondrinas vuelan contra el fondo verde. Unos palos altos de tural florecen blanco y rosa, como estallando la primavera. Días de calma chicha ¿o calma a secas?

Más adentro de estas tierras hoy zapatistas donde aparecen los signos del levantamiento, las armas, la disciplina miliciana, la "alerta roja", uno encuentra una convicción que puede parecer desmesurada: gente que ha decidido pelear, aunque la guerra sea, de manera inmediata, más que un cambio de vida, un peligro de muerte. Después de platicar con los miembros de las fuerzas insurgentes, como se autodenominan, uno queda con la reverberación de sentimientos extremos:

jóvenes listos para pelear, quizá morir, con el beneplácito, incluso estímulo, de sus propios padres.

Laura, Adolfo, Freddy, Heriberto y muchos más, hasta sumar una treintena, efectúan ejercicios marciales con sus diversas armas de fuego entre las manos, bajo las indicaciones del subcomandante Marcos y el mayor Rolando, en un rancho poblado selvático. Anoche evolucionaron durante media hora en ejercicios de preparación, para terminar entonando el himno zapatista, con la tonada de *Carabina 30-30*, parapetados en la misma seria alegría con que cocinan tamales o realizan rondines de vigilancia, y una convicción más allá de la duda o el dolor.

Es uno quien llega, con sus dudas de ciudad, a plantear preguntas que ellos, los sublevados respondieron hace tiempo. Los "insurgentes", armados y embozados con sus prototípicos pasamontañas, custodiaban anteanoche el rudimentario hospital y la generosa cocina a la que fuimos conducidos en la oscuridad. Verlos produce un sentimiento de ternura que no se aplicaría por lo regular a los "violentos", como se les quiere llamar allá afuera.

Marcos, "profesional de la violencia para servir a ustedes", un jefe con algo de patriarca bonachón, propone una paradoja: es el humilde servidor de estos campesinos, y también su guía. Son todos tan jóvenes. ¿Quién podría bombardear un lugar como éste, lleno de alegres ganas de vivir?

Están los guardias, Amalia, Laura, Heriberto, y también la gente pobre del pueblo, muy pobre, como María, que también se puede llamar Candelaria, según su humor. ¿Luchan por su liberación o cavan una tumba de represión? Aquí parece tan remoto el peligro. ¿Se les perdonará la ofensa del desafío y la rebelión? Esta calma acumulada no puede durar indefinidamente. ¿En qué parte del mundo se alza un ejército rebelde y no triunfa, o es destruido? ¿dónde está la novedad? Sí, en la conciencia de ya no dejarse. Pero su opción de triunfar o morir ¿es un avance? Tenemos 30 mil soldados profesionales alrededor, listos a entrar en defensa de las instituciones, y tenemos un país alterado. ¿Volverá a soltarse la crueldad, la misma de siempre contra ellos, pero atizada ahora por la indignación y las razones de Estado? ¿o con este alzamiento rural habrán de replantearse las relaciones de poder con los pobres?

Todas son preguntas provisionales. La vida misma es siempre provisional, pero una cosa queda clara para esta gente: si la situación sigue como antes, si no se cumplen las exigencias, las fuerzas del orden público tendrán que venir a matarlos. Incluso los heridos son claros: prefieren no vivir a vivir como antes. Como dice Luis Miguel con su brazo roto: no es el dolor lo que duele más.

Heridos de la guerra

De esos días en que el sol se hace del rogar, un día que Benito llama "triste" por aquello de las nubes, pero no le impide reír y hacer bromas con naturalidad.

El mayor Benito perdió el ojo derecho en la batalla de Ocosingo, pero no el talante ni las ganas. De hecho, sigue en funciones zapatistas, a ratos con lentes oscuros, a ratos a ojo pelón.

Otros combatientes como el capitán Luis Miguel, de 21 años, han debido mantenerse inactivos. Al frente de una unidad, participó en la toma de Altamirano, luego avanzó sobre Oxchuc y Huistán con la encomienda de llegar a Rancho Nuevo y detener el avance del Ejército Mexicano. Un tiro le fracturó el brazo derecho por completo y hasta la fecha no se repone.

-Me tocó detener las fuerzas federales; a otros atacar el Cereso (Centro de Readaptación Social). Esperamos con la unidad de milicianos que llevaba.

Con un fondo de platanares en primer plano y en vez de horizonte las escarpadas montañas del norte, narra tranquilamente su experiencia. Lo acompaña el subteniente Sergio, de 22 años, miembro de la misma unidad, herido en el tobillo izquierdo durante el mismo enfrentamiento. Ambos, bajo sus pasamontañas azul marino, repiten la historia que ya otros han escuchado antes. Prosigue Luis Miguel:

-Somos de la vanguardia. A él le tocaba una posición más atrasada. Pasó un camión del Ejército, de esos de "tres cuartos", y di la orden de disparar. No respetaron nuestro retén. Allí cayeron dos soldados. Luego llegó un camión de ellos, de seis toneladas. Tiraban ráfagas con sus ametralladoras, y ahí fue que me dieron. Fui el primer herido y perdí el conocimiento cuando los compañeros me retiraban por Oxchuc. Cuando desperté ya me estaban atendiendo las compañeras sanitarias. Ya luego me trajeron. Perdí mucha sangre, me pusieron suero.

Luis Miguel dedica su tiempo de inactividad a "estudiar periódico" y no se queja de su suerte. Tiene cinco años en el EZLN. Sergio tiene tres. Ambos provienen de Los Altos, de familias tzotziles:

-Tenemos una conciencia que llamamos revolucionaria, que nos ha hecho ver que es mejor pelear o morir que seguir como estábamos. No nos da miedo la muerte.

Su padre lo inició a él y a sus hermanos en la lucha zapatista. La historia de Sergio es casi idéntica. De padres y hermanos milicianos (que permanecen en las comunidades, sin vida militar, dispuestos a combatir sólo si llega la necesidad). Luis Miguel y Sergio llegaron a la Selva hace dos años para prepararse militarmente. Sus familias analizaron la situación, y como eran solteros, decidieron hacerlos combatientes. Como sus hermanos tienen hijos, quedaron allí, formando parte de la Fuerza mexicana de la Milicia. Se consideran en condiciones de vencer al Ejército Federal porque, dice Luis Miguel, "tenemos al pueblo" y "es cierto lo que pedimos".

-Estoy preparado para seguir, nomás me alivie- afirma.

-Eramos del PRI porque era necesario. No de la CNC ni otra organización. Nos dieron credencial del partido, pero nunca llegamos a votar. Hay muchos que se incorporan al partido. Un tío fue el primero que entró zapatista, y luego mi familia, que no se opone. Mi papá sabe que no gana dinero, pero acepta porque sabe por una conciencia que tenemos.

Herido el 2 de enero, Luis Miguel no considera estar perdiendo el tiempo. No se aburre.

-Allá no tenemos terrenos, prestamos con un finquero. A veces trabajamos un terreno del patrón, pero él se queda con la mitad del maíz y el frijol.

De los liberados por ellos en el cereso de San Cristóbal, no sabe a dónde fueron:

-Hicieron lo que quieren. Los liberamos porque no tienen culpa, son presos políticos, muchos han ayudado campesinos.

Después de la guerra de enero, mucha gente "entró zapatista". Ahora, según sabe, en su pueblo las reuniones ya no son secretas, no hace falta.

-Cuando los combates de mayo del año pasado, pensamos que empezaba la guerra. Pero como no habíamos preguntado al pueblo, no podíamos decidir.

Hace un mes le quitaron el yeso, ahora sólo trae férula, pero no se acaba de aliviar. Sergio sí, ya está en condiciones de combatir, pero sigue inactivo "hasta que diga el mando". Realiza labores de cocina. Ni Sergio ni Luis Miguel conocen a nadie que haya muerto en combate. La unidad del segundo quedó al mando de otro, y ahora sólo sabe que andan por ahí, y están bien.

El dolor no lo abandona, toma analgésicos continuamente. Los sanitarios lo revisan cada tercer día. "Tengo un tratamiento", dice. El dolor no lo desanima, le gusta esta vida.

-Controlamos el territorio donde nos toca.

No considera resuelto el problema:

-Yo digo que sí va a haber combate. Hemos cumplido el cese al fuego, pero nos han vuelto a bombardear. Estábamos listos para pelear, no para el diálogo, pero también damos chance a otras gentes del país. Si sigue el problema, con las armas que tenemos podemos bailarle. Los soldados no pelean por conciencia, pelean por dinero, les falta nuestra convicción. Debían pelear sólo con nosotros, los que estamos uniformados y listos para la pelea. No deben atacar a civiles. Por eso le pedimos al gobierno que nos reconozca como fuerza beligerante, para que no amenace ni detenga otra gente.

Sergio es más parco, y dice que su historia se parece a la de Luis Miguel. Tienen vidas paralelas, la voz de uno podría ser la del otro. Luis Miguel es el expansivo.

-Mi pueblo sigue todavía dividido, pero si no empuñan las armas como nosotros, no los obligamos. Si quedan neutral, está bien. Nadie pelea por exigencia, sólo por creencia. Nosotros luchamos voluntariamente, nadie nos obliga. Sergio y yo no nos conocíamos, pero sabemos que vamos a morir juntos. No voy a morir con mi papá, tal vez no me entierren en ninguna parte. Sabemos que es así. Estamos dispuestos para derramar nuestra sangre.

Interrogado sobre morir y matar, Luis Miguel expresa algunas ideas:

-No es justo que mataron a Colosio, él no ha hecho nada, y dijo que iba a respetar los acuerdos. No sabemos mucho, pero no debía ser lo que le hicieron.

Dice que él sólo dispara contra los que le disparan. Y comparando su tierra en Los Altos con estos poblados de La Selva, considera:

-Aquí son más pobres. No tienen luz ni carretera. En las fincas, allá, te pega el capataz. Trabajas día y noche, te pega de patadas. Eso nos dio a entender que algún día el país tiene que cambiar. Conocemos bien a los patrones y finqueros. Son cabrones, pero respetamos su vida. Los hubiéramos matado desde el primero de enero, pero no son nuestro enemigo principal.

Luis Miguel y Sergio fueron peón albañil en San Cristóbal (Sergio también Comitán):

-Te pagan sólo si te matas trabajando. Seis mil pesos por semana, de lunes a sábado, de seis de la mañana a once de la noche; si no, no alcanza.

Luis Miguel reconoce que se gana más en la ciudad, pero esa no es vida.

-Ya no queremos regresar a trabajar así. Preferimos estudiar, llegar a maestros o doctores, o morir en el combate.

Escépticos acerca de lo que hasta ahora va del diálogo, los dos expresan inalterada su convicción. El miedo ya se les olvidó.

La noche cae después, oscura, poblada de luciérnagas y un silencio imposible por culpa de los grillos que rechinan. Este es el escenario de la espera.

La lucha de Amalia

Rondan las generaciones. La subteniente Amalia habla de su padre con una admiración que no disimula:

-Mi papá es supercampesino, nomás, pero aprendió a hablar la castía. Se dio cuenta desde joven, cuando no estaba casado. Ve que la huelga no da resultado. En su lucha le tocó que lo golpearan. A sus compañeros de organización los torturaron y mataron. La experiencia de su padre, campesino chol y activista en el norte de Chiapas, terminó, a juicio de su hija que estos tiempos ha dado en llamarse Amalia, en un callejón sin salida:

-Para decir sí podemos. Decir que vamos a dar. Pero cumplir la palabra es otra cosa. Y así le pasó al gobierno:

A la sombra de una choza semiderruida deshabitada. Amalia se apoya, ni de pie ni sentada, en una vieja banca de madera. Por los boquetes en el barro que medio compone los muros se contemplan las montañas del norte, dignas de un chino paisajista, escarpadas, boscosas y neblinosas. Una realidad nítida que sueña al que sueña, le inventa detalles; desnudándolo, lo acoge y cobija, le tiende su capa. Afuera pasan esporádicamente otros jóvenes zapatistas, con rifles, uniforme y una inocencia que, como Amalia corrobora, resulta justamente lo contrario:

-Toda la familia anduvo clandestina, pero no me decían. Les preguntaba qué hacen, y dicen que para qué quiero saber. Ya después me empiezan a platicar, que hay una organización armada; tenía yo 15 años, me di cuenta y dije me quiero ir. Hay una forma en la milicia, en tu propio pueblo, pero hay una forma de los que se van a preparar en el monte. Yo prefiero estar luchando fuera de mi familia, pero los visito. A los 17, hace siete años, yo sabía escribir y leer pero no hablo la castia, cuando entré en el ejército aprendí. Cuando ya sabes un poco empezamos a estudiar la historia de México y otros países donde ha habido guerra. Y luego nos enseñana tácticas de combate.

Si bien algunas mujeres del EZLN tienen gesto duro, feroz incluso (y biografías aterradoras), la mayoría son reidoras. pero pocas sonrían tanto como Amalia, cuya boca grande fue hecha para pelar los dientes y enchinar los ojos, aún cuando habla de asuntos que a otros, diciéndolos, no les darían ganas.

-Es dura la práctica, pero un hijo de campesino desde los diez años anda cargando leña y trabajando. La cosa se hace sencilla. Todos los trabajos manuales no se me dificultan. Donde es un poco más duro es en la disciplina, porque tienes que aprender. Antes entrené milicias, después cambié el trabajo, te da de escoger cuál trabajo quieres, y escogí de la salud, por eso soy "sanitaria".

Cuesta trabajo imaginar a esta muchacha realizando lo que los intelectuales llamamos "acciones violentas":

-Tirar es bonito, porque nunca en mi vida había disparado un arma. Lo bonito es el valor de hacerlo. Cuando echas el tiro y ves que el enemigo cae, te da más ánimo. Mi primer combate fue en Ocosingo. No tuve tanto miedo, sabíamos que iba a responder el enemigo. Tenemos arma pero no son poderosas. Los federales llegaron con sus morteros y artillerías y francotiradores que son chingones para tirar. No tenemos miedo. El fuego enemigo es muy poderoso y a pesar de que no tenemos armas buenas, tanques ni aviones, tenemos conciencia. El arma que tenemos la tenemos que usar.

Amalia salió de la batalla de Ocosingo por el drenaje de la ciudad, igual que muchísimos compañeros suyos. Sin duda es una mitificación, pero Amalia se me figuró indestructible. Así como Efraín.

El pueblo de Efraín

Por casualidad, a Efraín le tocó la unidad insurgente destacada en su propio pueblo. Aquí ningún otro combatiente zapatista está en su comunidad de origen. El tiene 17 años, siete de ellos en el EZLN. Y siete meses en filas. Participó en la toma de Ocosingo, pero como era miliciano combatió sin arma. Hoy ya tiene una "carabina" automática. Recuerda:

-Casi me iba a dar miedo cuando empecé el primer disparo. hace como tres minutos que me agarró el miedo. Luego se me olvidó

Estrictamente hablando, tampoco esta es su comunidad de origen. Llegó como expulsado, con su familia, hace cuatro años.

-La gente aquí son educados, tratan bien. Y nos dieron tierra. Nos quedamos.

La "educación" a que se refiere no es escolar. La escolaridad, de suyo baja, devino a nula en la comunidad.

-Ya no hay escuela -dice Efraín-, porque dejaron de pagar a los maestros y ya no trabajan.

La escuela a que se refiere es un cascarón de madera, destinada a otros menesteres. Efraín, quien dice conocer al subcomandante Marcos "desde niño", ha aprendido algunas cosas, no obstante.

En mi casa no trabajaba en la cocina, no era de hombres. Esperaba que me dieran de comer. Me enseñaron de zapatista a hacer comida y lavar trastes. Ya no me cuesta.

Mientras cruzamos las cercas naturales de piñuelo, recorriendo las hondonadas del poblado, responde que sí es católico, y no. Antes iba a misa, ahora ni reza. Y de lo que se come en el pueblo saca rápido las cuentas:

-A veces nada, ni frijol, pura tortilla. Se da naranja, café, caña y plátano, pero poco. Puro maíz y frijol.

Caminamos a través de los solares de las casas. Apacibles y escuálidos, los perros no ladran. Gallinas pelonas, y de vez en cuando un frondoso gallo. Puercos que no respetan ningún espacio. Por si hacía falta explicitarlo, Efraín indica:

-Las casas son de lodo. De lodo los muros, los hornos, incluso un excepcional (porque no hay otro) palomar en un patio. Las materias primas aquí son barro y maíz, como en el más bien tercermundista *Popol Vuh*, que Efraín ni conoce. Le pregunto si hay alguna obra del gobierno. Dice que no, y luego que sí, y caminamos rumbo a una planta eléctrica con el logo de Solidaridad pintado en una pared, que fue instalada el año pasado, pero que nunca funcionó hasta hace una semana:

-La arregló un compañero.

Igualmente hay un molino de nixtamal, nuevo y parado.

-No se puede conectar todavía.

En el río se bañan tranquilamente niños y mujeres.

El viernes, después del mediodía, bajaron al Judas que colgaba del campanario de la iglesia, con su cara de Richard Nixon, y lo quemaron. Ardía sobre las matas. Los niños lo apedreaban.

-Cagados de risa -recuerda Efraín.

-¿Por qué lo apedreaban?

-No sé.

Cuando no quiere, esta gente no sabe nada, por más que uno pregunte.

-Esa es la casa de mi hermano -señala un terreno con casas nuevas de madera, y saluda a un señor que se asoma.

Se apura. Lo esperan tareas domésticas en el cuartel, o como se llame, donde tienen su cocina común los zapatistas.

Efraín cree que sólo ellos mismos pueden cambiar el mundo. Bueno, la pequeña parte del mundo que les toca. De su encomienda guerrera abriga pocas dudas; si alguna:

-Voy a seguir adelante, a ver hasta dónde.

Carece del pequeño burgués privilegio de la duda.

Morir de selva

La muerte tiene muchas caras y aparece de todas las maneras. ¿Acaso no es siempre una violencia? Manuel va por las orillas del pueblo, sofocado a los pocos pasos, y aunque no tiene ni 30 años, trae ya la muerte en su piel de pergamino, en su cuello abultado, su disnea galopante. No hace falta saber gran cosa para comprender que se trata de un hombre desahuciado, que si tuvo algún remedio, ya pasó la hora. El cáncer testicular, uno de los más veloces, jamás alcanzó a tiempo el quirófano, y hoy se disemina en los pulmones y quizá Manuel no conserve un ganglio intacto.

-No puedo respirar -dice con los angustiados ojos de una súplica y se detiene, no puede dar cien pasos sin hacerlo. ¿Qué le haría bien? Con trabajos, analgésicos, o té de gordolobo; nada de eso hay aquí. Para él y para siempre las cañadas de esta selva quedaron lejos de la salvación. No hubo transporte y aunque lo hubiera. El hospital le quedó a varios días, y por su costo, a varios meses de trabajo, por más barato que se lo pusieran.

¿Existen levedad y fragilidad más insoportables que ésta? Sí, carcinoma y metástasis proponen indignación más contra la fatalidad que contra la injusticia social y cosas de esas, pero dan en qué pensar.

El "centenar" de muertos de enero, que fueron más, no es sino la cauda de un largo monstruo que, patetismos más o menos, camina por las cañadas con tranco más largo que lento, y pinta en nonatos, lactantes y madres de chichis flacas el mismo rostro apergaminado que Manuel pasea espantado en busca de algo que le apacigue el suspiro.

Si Chiapas arrojaba sobre las buenas conciencias nacionales un saldo de negligencia, corrupciones tutifrufrú y estructuras mentales anquilosadas, más lo hará después de enero. Crece la inversión social con celeridad preelectoral, pero el miedo es mal consejero, no ayuda a la eficiencia.

Por ejemplo: del poco más de medio millar de plazas de servicio social para médicos (la opción posible y barata de médico en las comunidades indígenas de México), este 1994, y revuelta zapatista de por medio, se ocuparon menos de cincuenta. Ninguna en las cañadas selváticas. A no ser por las apariciones espasmódicas de la Cruz Roja y las camionetas de Epidemiología, en buena parte de estos rumbos no habría atención alguna.

Uno camina pueblo tras pueblo y no topa con instalaciones adecuadas, medicamentos ni quién los administre. No se crea que esto empeoró mucho con la guerra. Los niños emaciados, atontados y lombricientos estaban igual antes de enero, y son muchos más de lo que las estadísticas podrían soportar.

Los *slum* de las cañadas son nuestra verdadera vorágine: sin ningún heroísmo, a sus habitantes los devoró la selva -que a su vez fue devorada por los negocios del progreso.

Desde los gabinetes de la banca internacional, a cualquiera le salen las cuentas claras y el chocolate espeso. En estas colonias indias de nombre bíblico (ni chocolate conocen), varios miles de jóvenes sacaron sus cuentas y decidieron morir, si habían de hacerlo, envenenados de plomo y fuego y no de previsibles y prevenibles venenos.

Después de conocer tanta agonía "invisible", ¿con qué cara hablar de negociación y planes sexenales? ¿Cuántos siglos de "herencia revolucionaria" hacen falta para explicarles a estas mujeres que la cosa no es acelerarse, que antes de enterrar al quinto o sexto hijo llegará la buena onda del bienestar? Visto desde el centro, si algo sobra es tiempo.

Pero lector, no te azotes que hay chayotes. A veces con huevo revuelto; a veces. ¿Cuánta solidaridad (tan buena, esa palabra) hace falta y no sólo del gobierno (que ha hecho rodar mucha solidaridad, que ni qué, pero no por acá), para que la desgracia milenaria del campo mexicano (esa también es milenaria, no sólo la cultura exportable de la Ruta Maya centroamericana), invierta su signo y conozca por qué es bueno el famoso progreso.

Orden y progreso, decían los porfiristas *après* Compe y Gabino Barreda. Pero primero ponían el orden. Un siglo después, el orden de los factores sigue siendo nuestro problema.

En la selva y las montañas la muerte es descarada, aunque en guerra veamos pasamontañas (en beneficio del espectáculo), y en carnaval se le represente con disfraz y máscara (para beneplácito del turismo).

En guerra o paz, provocación o delirio, locura o esperanza, ninguna muerte amerita apología. Es el único verdadero enemigo, y su cara es la misma. En la zona indígena de Chiapas la muerte acostumbra ser una violencia extrema. Desde enero, todos reconocieron que en efecto, a diferencia de casi todo el país, acá no habían llegado suficiente atención social ni recursos prácticos.

Durante el siglo XX, la seguridad social mexicana se instauró, floreció, y hoy se eclipsa al tronido de trompetas neoliberales, sin que estas comunidades se hayan enterado. Aun concediendo que son la excepción (en cierto modo lo son) estas comunidades crecieron muy aparte...y sin embargo, se mueven.

Han crecido, son modernas como pueden, y a diferencia de otras regiones indígenas, de refugio o a la intemperie, no sufrieron un vaciamiento cultural irreversible. Basta ver la fortaleza de sus vínculos comunales, esa obra maestra de la civilización mesoamericana.

¿Podrá, una vez en la vida, ser generosa la "patria" (quienes quiera que ella sean) con estos pueblos que, como reconoció Fernando Benítez, hace 25 años, son los mejores maestros de México? Con ellos es mucho lo que se aprende, aunque sean los "ignorantes".

Ondas expansivas de Chinameca

Ya todos saben en el pueblo. Llevan días esperando el día. Listos. Para la tarde se van juntando frente al estrado que ostenta la bandera roja y negra del EZLN. Las mujeres puestas guapas, y los niños con ellas, ocupan el ala izquierda de la esquina. La otra ala son los hombres, de camisas claras y pantalones generalmente oscuros, como millones de campesinos en el país. Los niños de diez años traen la ropa parchada. Los hombres son, en su mayoría, mayores, aunque también hay algunos jóvenes. Una fiesta peculiar, en un ánimo muy peculiar.

Las fechas cívicas están vivas, suben y bajan de tono, cambian de signo, se reparten entre varios o se queman. Algunas se hacen viejas, otras conservan una larga juventud. Estas últimas son las menos. Algunas reverdecen, sobre todo en tiempos de precipitación histórica como el actual.

Antes, un 2 de octubre hacía trabajar horas extra a la judicial, los granaderos y Gobernación. Hoy no les altera demasiado la rutina. El 10 de abril tiene su historia, una de muerte -como se acostumbran en México las fiestas patrias y religiosas-: el asesinato de Emiliano Zapata, ya incorporado al humor de Posada, la épica de los corridos, el cine nacional e internacional y los libros de texto. También cuenta una historia de vida que reanima de cuando en cuando; las ondas expansivas de Chinameca se extienden, desde hace 75 años, al Valle de Yaqui, las tierras de Veracruz para abajo, Guerrero y Michoacán. Aparte, ha sido una fiesta cultivada y consentida por los gobiernos priístas durante décadas, con sus recrudescimientos naturales o impostados.

¿Cuánto hace que no había en México un 10 de abril tan movido, y que despertara tanta expectación y tanto espectáculo? (Toda fecha cívica que se respete monta su propio espectáculo, la representación y el mensaje.) Mientras en distintas partes de Chiapas y el país, el Zócalo incluido, se esperan movilizaciones de tintes zapatista, entre acalambadas y acicateadas por los acontecimientos de 1994, año que hoy cumple 100 días, en este remoto poblado, en la esquina del fin del mundo, se celebra una alegre fiesta popular que es a la vez un desfile militar, la reiteración de una declaración de guerra y una muestra de voluntad que corta el aliento al país desde le primero de enero. Un rincón olvidado de la patria.

Al atardecer da comienzo el desfile. Por el camino llega al pueblo marchando el tercer regimiento y su gente "Guardián y Corazón del Pueblo", según la manta que lo precede, con un hacha, un machete y un martillo como insignias. Sigue el regimiento de Combatientes "Insurgentes", una larga procesión de hombres con pasamontañas armados de diversos calibres. Vienen las mujeres insurgentes, con una seriedad marcial que quién las viera. La "Fuerza Miliciana Mexicana",

como llaman los zapatistas a sus huestes no regulares, está representada por su Brigada Hacha, unos 200 chavos armados, salvo excepciones. La mayoría viste uniforme; algunos su ropa del diario. Hacia el final del contingente saludan varios jóvenes; a falta de armas, con la mano izquierda vacía, pero indicando que la tienen disponible. Todos llevan cubierto el rostro con paliacates, salvo algunos que de manera deliberada se descubren.

Suenan extraños tantos pasos uniformes y marciales sobre tierra sin asfalto. Compiten con los murmullos crecientes de la selva, chirriadero de grillos y otras alimañas. Lo que estamos viendo un medio centenar de periodistas es la demostración pública más numerosa de un autodenominado "ejército" campesino, después de la toma de San Cristóbal el primero de enero. Una gran bandera nacional ondea a un flanco del estrado donde miembros del CCRI, del mando militar del EZLN y los músicos que acompañarán la ceremonia, todos de pasamontañas, presiden el acto.

Las masas en el campo son por un lado muy pequeñas contra el escenario donde se congregan (la sierra, la selva, la montaña, los valles, y por otro lado impresionantes, debido al mero hecho de su existencia y número. Pero hasta ahora estas concentraciones no solían constituir desfiles armados. Los trescientos o cuatrocientos zapatistas dan la vuelta al pueblo, la caballería montada al final, y regresan. Ocupan la esquina del país donde dan vuelta el pueblo y el aire. Un grupo de niños de diez a doce años, el rostro tan cubierto como el de los demás, camina hacia el presidium; el subcomandante Marcos, quien ha dirigido el desfile, recibe de los niños una bandera doblada y la entrega al CCRI.

En el público hay madres con su bebé al hombro bien metido en un pasamontañas tamaño infantil y grupos de niñas y adolescentes muertas de risa.

La concurrencia canta el himno nacional. "Mexicanos al grito de guerra", que se escucha como un murmullo más de la selva, y luego entonan el himno zapatista acompañados por el acordeón y las cuerdas rasgadas en tachún-tun-tun-tun. Más que himno, resulta un canto popular campesino, suave versión de carabina 30-30. "Ya se mira al horizonte/combatiente zapatista/el camino marcará/ los que vienen más atrás./ Vamos, vamos, vamos, adelante/ para que salgamos de la lucha adelante/ porque nuestra patria grita y necesita/ de todo el esfuerzo de los zapatistas.

A la manera de otras culturas indígenas, como los huicholes, estos pobladores de la selva consideran llevar sobre sus hombros la responsabilidad del mundo, sólo que a diferencia de otros no asumieron formas rituales, sino un levantamiento en armas que se ofrece en sacrificio. ¿Fiesta o antesala del matadero?

¿Podrán el gobierno y el Ejército nacionales golpear a estos jóvenes, en una especie de Tlatelolco magnificado, una plaza Tiananmen rural a la mexicana? ¿El hecho de que hayan empuñado las armas basta para convertirlos en enemigos y reos de muerte, como en los viejos tiempos del Leviatán paranoico?

¿No podrán convertirse en interlocutores? Eso quieren, sólo que consideran que serán escuchados y seguidos a partir de su sacrificio. También se autodenominan "semilla": "Hombres, niños y mujeres/ el esfuerzo siempre haremos.../ Ejemplares hay que ser/ y hacer una consigna./ que es vivir por la patria/ o morir por su libertad./ Vamos, vamos, vamos, adelante..."

En otras comunidades de la selva se celebran ahora fiestas similares: quizá ésta sea la más solemne, y la única pública. Una demostración de fuerza.

Saúl caminó con otros ochenta milicianos de su comunidad un día entero para llegar aquí y lo primero que acepta es un cigarro. Hacía semanas que no veía ninguno.

A lo lejos suena un avión. Nadie entre los presentes omite escucharlo. Tres oradores, miembros del CCRI, se dirigen a la concurrencia civil y militar en lenguas mayenses, donde se distinguen algunas palabras en castellano: "Emiliano Zapata, mero valiente, la paz lucha, mero lee es pueblo, rudas expresiones contra el gobierno. En tzotzil, otro orador habla de los enfrentamientos de enero y la disposición del EZLN para tomar nuevamente las armas. (Bueno, las armas están tomadas, Lo reitera la presente celebración.)

Un tercer hablante menciona las demandas que enarbola el EZLN.

Después el subcomandante Marcos lee tres comunicados, uno dirigido a los manifestantes que se deben estar concentrando en el Zócalo de la capital en estos mismos momentos. Imaginar un mensaje así de aguerrido en el mero Zócalo resulta algo escalofriante. Otro mensaje, que alude a los pueblos de México y el mundo, y a la prensa, explica líricamente los motivos del alzamiento zapatista.

Un tercer comunicado, ya bajo dominio de la sintaxis y el código mental maya, se dirige a los mismos de antes y les revela quien está detrás suyo: "Hermanos, queremos que sepan quién está detrás nuestro, quién nos maneja, quién camina en nuestros pies, quién nuestro corazón domina, quién cabalga en nuestras palabras, quién vive en nuestras muertes. Queremos que sepan ya la verdad hermanos y es así. Votán Zapata, Guardián y corazón del pueblo:.

Ajá. Ahora ya sabemos cómo se llama el inspirador de esto. Un tal Votán Zapata de dudosa identidad y procedencia, pero que para el Ejército Zapatista resulta *mero lec*, bandera que da nombre a la voz: "Esta es la verdad, hermanos. De ahí venimos. Para allá vamos. Estando viene. Muriendo la muerte vive. Votán Zapata, padre y madre, hermano y hermana, hijo e hija, grande y pequeño, nosotros, viniendo estamos..."

La disputa por Zapata de pronto ya no tiene sólo valor simbólico. En este sitio de la selva, el CCRI ratifica la suspensión de los procesos de consulta para la paz. Hace pocos días un finquero asesinó a un representante zapatista e hirió a otro en el municipio de Altamirano. Mientras no existan condiciones, los zapatistas se mantendrán en alerta roja. "Nunca la estrella única; una más sí, la más pequeña".

Los cerros gritan de altos. El mayor Benito, que perdió un ojo en la toma de Ocosingo, lee un mensaje a los combatientes. Como en 1919, afirma, la tierra no es de quien la trabaja.

Una manta, pequeño museo lleno de fotocopias, exhibe imágenes de Zapata en las buenas y en las malas, en Palacio Nacional con Villa y el cadáver ensangrentado en Chinameca. Imágenes de la toma de San Cristóbal, de los comandantes y la tropa, del sub Marcos.

La realidad es menos obvia. Al iniciarse la parte "cultural" del programa, la parada militar da sitio a un rompan filas discreto para escuchar canciones y poemas. Cae la tarde. Un muro de madera vieja y una puerta enmarcan a cuatro milicianos en el escalón, con sus carabinas para arriba, cómodamente sentados. Parece una foto al natural del Archivo de Casasola. Los niños chicos juegan a nivel del suelo; unos amás grandecitos juegan baraja muy serios en una banca.

Heriberto y Emiliano, con pasamontañas, cantan acompañados por el grupo. Emiliano sostiene con la mano izquierda el cañón de su rifle y con la derecha una lámpara de bolsillo, mientras Heriberto sostiene la letra y el micrófono.

Cae la noche y niños encapuchados salen a repartirle agua a los milicianos sentados en el camino: "compa, ¿agua?", en voz baja. No había un solo miliciano que no tuviera sed.

Rotas las filas, los anfitriones comparten con el pueblo y los invitados carne de res en caldo y tortillas. Por momentos la bomba de gasolina flaquea y el alumbrado eléctrico disminuye. Después de poesías que mencionaban mucho a Zapata y en algún momento a Marcos, la música en vivo cede sitio a la grabada. Un disco de 33 revoluciones por minuto suena bajo una aguja de estoperol corridos zapatistas que al rato se deslizan a cumbias. Al pie de una manta iluminada donde Zapata a caballo y un campesino con su machete miran al frente, las muchachas comienzan a bailar solas, entre ellas. Poco después se arriman los milicianos, la carabina en la espalda, y sacan a bailar a la escogida, que acepta o no con sus moños, arreglada, en delantal nuevo o recién lavado.

Los niños más pequeños caen derrotados por el sueño y duermen sobre rebozos al pie de un poste de luz, mientras la familia se divierte, en ese modo paradójico y lento de los indígenas. Los niños también bailan en parejas con la alegría soterrada de estas fiestas y todos parecen estarse divirtiendo cuando de pronto se suspende la fiesta; por el sonido se dispersa